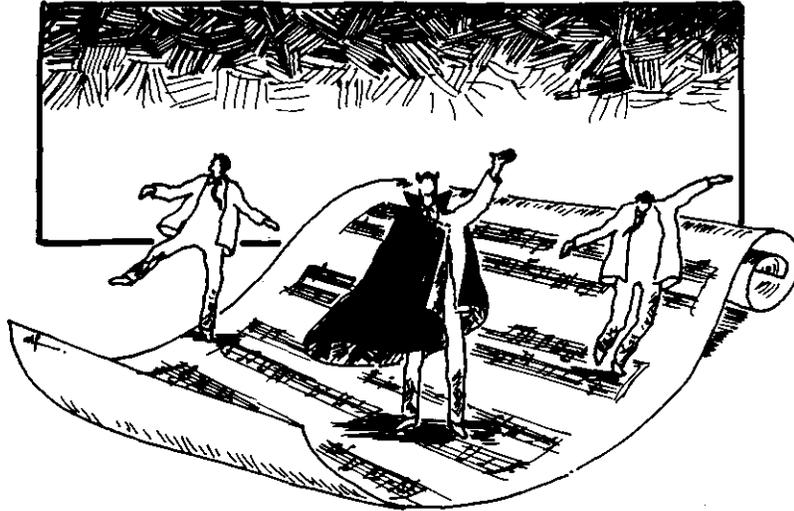


Mephisto Waltz

Ramiro Dávila Grijalva



¿Esa voz? "Yo te enseñaré a bailar el vals... ¿Quieres oír la cuarta versión del Mephisto Vals? ¿No la conoces?" ¿Cómo? Si solo hizo tres... ¿Qué? ¿Quién? No puede ser. Tengo mis nervios alterados. "No creas. ¿No me reconoces? Soy un no-ser real. Como diría Sartre, un ser-para-la nada."

¿Dónde estás? la

biblioteca está en penumbra. ¡Por Dios! Casi me endeudo en esta maldita Venus de Botticelli. Allí está... ¿Quién eres? "Escucha Arrigo Boito, si quieres. Pero como podrás apreciar, fui apresado durante una cacería de hippies y ahora parezco milico. ¿Esperas a Diego?"

Tal vez. Disculpa si

no te vi al entrar. Ultimamente ando tan abstraído y concentrado en mí mismo.

"Te hace falta una chica".

¿Cómo la Cavendish o la Gruesa-Michel? Dios me libre....Soy el artista nato.

"Podrías hacer la prueba con una más espigadita..."

¡Qué tipo para vulgar!
¿Qué le importa lo que yo haga?

¡Qué ademanes! ¡Qué se figura!

"Te importuno. Pero no creas, en el fondo te tengo un gran aprecio. Sé que eres, en efecto, un gran artista. Y no te imaginas que será la mujer la que te saque de tu paraíso artificial, haciéndote morder la fruta envenenada de sus encantos. Piensa en el más fecundo de los músicos..."

Ya sé a quien te refieres... Prefiero a Beethoven.

"¿Y qué me dices de tu maestro preferido?"

Fue muy desventurado precisamente a causa de ellas.

Sin embargo, creo que nunca se arrepintió. Y además, sin ellas no habría escrito esas conmovedoras páginas de la última época que al decir de "Y..., demuestran un hondo deseo de volver al seno materno, a la paz".

Está bien. Está bien. ¿Pero qué le importa, en definitiva, a este tipejo mi vida...?

"No te molestes... Escucha mi cuarta versión del Mephisto Waltz".

Diego todavía

demorará un momento.

Me empiezo a sentir tremendamente mal. Este sudor frío. Que llegara pronto el Diego. Ya no lo soporto a este tipo. Me duele la cabeza. Que chuchaqui y no tomé siquiera una pastilla.

Ta tá...ta-tá...

Se acerca al espejo. Tiene la forma de un óvalo con un marco labrado. Tal vez hojas de pámpano y sus racimos. Se mira con curiosidad. Hace el ademán de ajustarse la corbata y se da cuenta que está de sport.

¿Qué visiones estoy viendo? Es esto una ventana o un espejo. Pero qué muchacha tan flaca. Este rapaz trata de hacerme una diablura. O me estoy volviendo loco. Se ha sentado al piano. O será esa música que me hace imaginar cosas. Se acerca. Salta del marco. Está aquí presente. Siento muy cerca su aliento. Como si llegara a una fiesta elegante con un traje largo. El color azul la hace parecer más espigada. Una fuerza irresistible me atrae hacia ella. Es agradable tomarla por el talle. Mi otra mano instintivamente se entrelaza con la de ella. Su mano suave. El perfume que embriaga.

La mano tan suave, tan fina, alargada. La otra vuela hasta mi cuello. Me acaricia. Qué diablos hago aquí. Esas notas fatídicas.

Ta-tá...Tatá...

Me arrastra ese compás. Maldita la escena de ayer. Pero hoy hoy no me libro. Soy sarandeado por el vals (Waltz) como un papel llevado por un torbellino o mejor por una tromba de viento. ¿Qué hacer? Amigo, basta, basta. La chiquilla está demasiado flaca. Y él entre torbellinos de música: "No te preocupes de su delgadez. Es un problema de óptica a causa del espejo. El cristal tiene alguna falla..."

Ja-já...Ja-já...

La danza toma nuevamente impulso. Pero ya no es una danza.

Es una marcha al suplicio de Berlioz. Esto es diabólico. Mezclar Liszt a Berlioz. Componer un Berliszt. Volamos. Reconozco Santa Teresita y el padre de la TV se prepara a bendecirnos. Y esa fila de apesadumbrados y yo en medio y esta chiquilla demasiado flaca. Ese cortejo fúnebre de hombres alargados. Espectadores de alargadas

caras de circunstancias. El matrimonio del Conde de Orgaz, que no es otro que Fausto, yo Fausto Hidrovo. Y el maldito que aporrea al piano. Ni Liszt, ni Berlioz, Mendelssonliszt. Estoy completamente loco. No podían faltar mi parejita de damas de amor, las sonrosadas señoritas Cavendish y Grosse-Michel. Que Dios tenga piedad de nosotros.

Vuelve el vals y el arcipreste: "Y al cabo se casaron y su matrimonio fue válido y consumado, y tuvieron una descendencia numerosa". El visitante: "Te felicito. Espero que la mayoría de ella cuando crezca y madure entre a formar parte de mi clientela, hasta la cuarta

generación, cuando menos."

No, no. No quiero. No puede ser. Aunque me arrastren otra vez como a Guido.

Entra Diego, gordito, sonriente, cuello de tortuga, pantalones holgados. Le extiende la mano. "Tengo la impresión de que hablabas sólo".

Que alivio la llegada de Diego, aunque me haya sorprendido en mis locuras. Casi no pude pronunciar las palabras.

¿Cómo estás?

Balbuente.

"Fausto, te voy a presentar a mi nueva amiga Margot. Da clases de literatura. Ha leído tus poemas y ensayos. Le

gustan mucho. Siéntate Margot".

Encantado señorita. La conocí, tal vez, en alguna parte. Tan delgada. Que escalofrió. Me tiembla el cuerpo entero. Tengo fiebre, me siento horrorosamente mal. La Margot. No es otra Margot que la que bailó conmigo la horrible cuarta versión del Waltz. Que no caiga en la tentación. Soy el artista nato. Margot. Margot. Margot.

Después la sombra: "Decídete, lo que te hace falta es vivir una temporada conmigo. Así conocerás el mundo y olvidarás tus sueños.

Vamos. Adiós."
Trueno en el piano.

